

¿PERSONA/PERSONAJE?

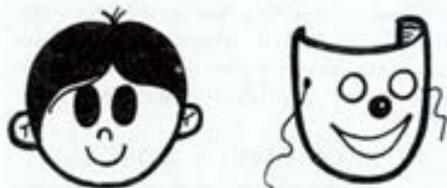
La primera acepción de *personaje*, según el diccionario, es «persona importante». Pero también «cada uno de los seres humanos, sobrenaturales o simbólicos que toman parte en la acción de una obra literaria, película, etc.». En este segundo sentido suele hablarse cuando nos referimos a los niños: «es un personaje curioso», «menudo personaje», «es un personaje de cuidado». En definitiva, está representando a alguien o algo que no es él mismo: ¿Por qué lo hace?

En cambio, refiriéndose a *persona*, solemos aplicar esta palabra a un niño que se presenta sin disfraces, tal cual es. Por eso los demás quizá le escogieran para estar con él (aspecto social) o para trabajar con él en clase cuando quieren estudiar (aspecto de trabajo) o a quien se le puede contar algo íntimo y que sabe guardar los secretos y puede tener confianza en él (aspecto ético) o se dice de él que piensa muy bien y da unas opiniones que suelen convencer a los demás (aspecto intelectual)... o de todas las cosas un poco.

Fíjate en tus alumnos o en tus hijos

Esto último es ciertamente un poco más difícil, porque el amor que les tenemos no nos deja «etiquetarlos», lo cual es, sin duda, una gran sabiduría: toda etiqueta desconoce un poco el porqué y el fondo esencial de cada uno. A veces, etiquetar a un niño de «personaje», en el sentido antes aludido, supone que no le conocemos bien y es clasificado por sus reacciones externas; pero unos padres, que le conocen de verdad, ven que lo de «personaje» es algo que le colgamos: en el fondo es sólo un niño excelente, una persona cordial que necesita una serie de ropajes externos y llamativos que le hagan sentirse en escena, llamar la atención para que se fijen en él y se convierta en «personaje» y centro de miradas de los demás. ¿Por qué?

Sí. ¿Por qué unos niños se convierten en «personajes» y otros se contentan con ser sencillamente «personas»?



Fíjate en tus alumnos o en tus hijos e intenta puntuar espontáneamente en una escala de 3 puntos cada uno de sus rasgos más sobresalientes, como *persona* (Pna.) o *personaje* (Pje.).

—Por ejemplo, hay un rasgo fundamental en la vida de un niño como en la

«Niños-persona» y «niños-personaje»

(I)

«Es tremendamente popular. Siempre le ves lleno de palos, piedras, botellines, chapas, sombreros, ropas, cromos, chicles, tebeos, pistolas, coches, suspensos y sobresalientes. No se anda por los términos medios» (¿persona/personaje?).

«Lo que más te llama la atención es que sonríe casi siempre. Y te mira. Mira mucho. Y pregunta. Es curioso. Y generoso. Parece que le sobran las cosas» (¿persona/personaje?).

«Si no fuera tan inestable... Mira que es valiente. Y, sin embargo, se acobarda en seguida. Depende por dónde le dé. Una cosa hay cierta: si ve que llama la atención con lo que está haciendo, no hay quien le pare. Siempre ha de hacer algo diferente a los demás» (¿persona/personaje?).

«A mí, desde luego, lo que más me admira en vuestro hijo es la capacidad que tiene de adaptarse a lo que está haciendo: cuando estudia, se le ve estudiando y parece que eso es todo lo que tiene que hacer; cuando sale con los chavales, juega y discute y se pelea a sus anchas; pero cuando está con los mayores, parece que te sigue la conversación como si estuviera más enterado que tú. El otro día le dijimos: ¿Te estarás aburriendo, no?; este es un tema así... de personas viejas. No —me respondió— no entiendo nada; pero me gusta oír» (¿persona/personaje?).

Comenzamos una serie de tres artículos sobre el tema: en el (I) veremos la distinción entre *Persona* y *Personaje*. En el (II) una «LISTA» de «Personas / Personajes» más frecuentes hablando de niños. En el (III) un modo práctico de actuar en cada caso.

vida de un adulto: ¿Qué imagen tiene el niño de sí mismo? ¿vale para algo? ¿siente que los demás cuentan con él? ¿qué imagen se va formando a través de su vida? ¿+ persona? ¿+ personaje?

—Normalmente, la Imagen que un niño tiene de sí mismo no se la inventa; a no ser que sufra tal rechazo ante los demás y se encierre en sí mismo, forjándose una imagen falsa que no corresponde a la realidad del concepto que tengan los otros sobre él. Aun así, es muy probable que, en el fondo, él sepa muy bien que una cosa es lo que él dice sobre sí mismo (*autodescripción*) y otra muy diferente es lo que él piensa cómo es en realidad (*autoconcepto*).

—¿Los niños que se «autodescriben» muy bien, dicen de sí maravillas, se envalentonan ante los demás, se rodean de signos poderosos, hablan alto, gritan, pelean, ponen cara de independientes, se mantienen como inexpugnables... son precisamente los que tienen un mejor «autoconcepto» de sí mismos?

—A veces, es todo lo contrario: la inseguridad que tienen en sí mismos, la experiencia de no ser queridos, de que no se cuenta con ellos, el fracaso en cierto tipo de tareas como las escolares, la no-atención a sus cualidades personales les lleva a una necesidad de destacar en algo y hacerse fuertes para compensar, incluso hasta la exageración, su sentimiento de no ser apreciado en esos aspectos esenciales. Por ejemplo, el niño que llega a la escuela y, por lo que sea, tiene dificultades en leer o escribir, en hacer cuentas o jugar, es muy probable que no se sienta precisamente apreciado por los demás. La razón está en que a la escuela, «oficialmente» al menos, se va a eso: a leer, escribir, hacer números y jugar con otros niños distintos a su círculo familiar. Quien no lo logre, al menos en cierto grado, va a sentir que no cumple con la «imagen buena» de escolar que se espera de él.

—¿Y qué pasará cuando esa expectativa de ser «un buen escolar» es exigida angustiosamente por sus padres o por sus maestros?

—Una de dos: o que el niño cambia su conducta y se «adapta» a lo que se espera de él o que se pone «agresivo» cuando nota que no logra o no quiere adaptarse a lo que se le pide. En ambos casos puede comenzar la alternativa de ser «persona» o «personaje», según su acción responda a una determinación libre y «personal» suya o a cumplir un expediente realizando el papel de «personaje» que le piden.

—¿Cómo manifiesta esa agresividad?

—A veces, «triunfando» en otras cosas, demostrando su poder de que vale para algo; a veces, en cambio, resignándose, deprimiéndose y manifestándose como objeto de compasión por

parte de los demás: haciendo incluso las cosas mal a propósito para que los demás se preocupen por él. En ambos casos, la función de *personaje* (representando un «papel») entra en escena.

—¿Qué solución puede haber?

—Bueno, los «genios» han tenido la solución «aguantando» hasta que les llegue su oportunidad de demostrar lo que son en verdad y qué pueden lograr por sí mismos cuando les dejen desarrollar las cualidades que llevan dentro. Todos conocemos las historias «escolares» de muchos genios que, a veces, no son nada brillantes; pero luego brota lo que llevaban dentro.

—Sí; ¿pero los que no son genios?

—Ahí está el problema. Es muy probable que muchos niños así se vuelvan raros, extravagantes, sospechosos, incluso caprichosos; y, desde luego, problemáticos para su vida en grupo presente y futura. Claro que existen infinitos grados y cada situación habrá que examinarla con amplia perspectiva: muchos niños no tienen ocasión de «realizarse» en un cierto período de su etapa escolar; pero luego logran coger el carro a tiempo o tienen suerte de encontrarse con unos padres atentos a sus cualidades personales o unos maestros que no dan una importancia tan rigurosa a lo académico y se fijan más en las posibilidades de cada uno.

—¿Dónde termina la «persona» y dónde comienza el «personaje»?

—Se trata de un modo de hablar. Por otra parte, en todo lo humano, las divisiones y límites son casi siempre convencionales. Pero, en general, podremos explicar sencillamente a unos padres o maestros qué indicios suele emitir cada niño cuando está funcionando como «persona» y cuando lo está haciendo como «personaje».

Normalmente, se considera como perteneciente a la función de *personaje* todo aquello que el niño hace cuando está actuando no como él es en realidad o como sería si de verdad la familia y la escuela atendieran un poco más a las posibilidades que cada niño tiene y no tanto a cumplir un programa oficial. Por ejemplo, si un niño adopta frecuentemente en familia un papel de «mimoso», cogiendo rabieta, enfadándose, escondiendo para sí solo sus juguetes, exigiendo caprichos y una atención continua a lo que hace... en ese caso, solemos decir que está actuando como *personaje*. Efectivamente, sabe muy bien que el tener ciertos mimos, vale; pero tomar el papel de «mimoso» es otra cosa diferente y conlleva el poner en acción a sus padres de una manera especial. Que el niño esté inseguro, busque cariño, tenga miedo, pida ayuda... es algo formidable y coherente con su «persona». Que haga de la inseguridad, del cariño, del miedo, de la ne-

cesidad de ayuda un juego continuo, aprovechándose cómodamente de que los mayores le van a resolver sus problemas es acogerse a un tipo de «personaje» (hacerse el «mimoso») que él sabe muy bien que le traerá sus ventajas.

Lo mismo sucede en la escuela: cuando, por alguna circunstancia importante, no logra llevar el ritmo de los demás y los profesores le reflejan una imagen de «mal alumno». Puede que él intente corregir esa imagen, pero puede también que se aproveche de ciertas ventajas: los padres se preocupan, le estimulan, le premian para que se supere en sus estudios... lo cual será pre-

cisamente lo que él buscaba (ser tenido en cuenta). Hace entonces de la imagen «mal alumno» su *personaje* preferido: es la manera de llamar la atención que normalmente no le prestaban a él o quizá se imaginaba que no le prestaban.

—¿Se da cuenta el niño de cuándo actúa como «persona» y cuándo como «personaje»?

—Siempre hay que distinguir los diversos tiempos del proceso. Cuando comienza, quizá no. Pero luego se da cuenta, por ejemplo, que puede explotar eso de que es un niño «pequeñito e indefenso», porque se lo oyó mucho a su madre; o de que no debe «hacer nada sin permiso» porque corre el riesgo de sufrir un accidente; o de que una «rabieta» hace encolerizar a su padre y luego él saca partido porque alguien le compensará con algo dulce para que no llore. Todas esas son acciones y estados transitorios, en la mayoría de los casos. Pero hay algo que constituye el punto-clave del paso entre «persona» y «personaje»: cuando el niño se da cuenta que, repitiendo muchas veces la misma historia de cogerse una rabieta, la reacción de sus padres o maestros le resulta en definitiva favorable. Entonces ancla su conducta en esa forma de proceder porque sabe que obtendrá buenos resultados al final: obtendrá compasión, éxitos, premios, perdón... y logrará las cosas no por su propio esfuerzo, con lo cual se desarrollaría su «persona», haciéndose responsable sino con el esfuerzo de los demás que le dan las cosas hechas. Entonces sí que él se da cuenta de que mantener el papel —el «personaje»— de mimoso es rentable. Y seguirá con él hasta que le dé resultado.

—¿Cuál es la forma más sencilla para convertir a un «niño-persona» en «niño-personaje»?

—Pues es bastante fácil: no apreciarle tal cual es, sino tal cual nosotros deseamos que sea; no hacer caso de sus auténticas posibilidades; no alabarle ni atenderle cuando hace algo digno de atención; compararle con otros, demostrándole con ello que le apreciamos menos; machacándole los oídos con sus defectos y fracasos; no teniendo confianza en él y alegrándonos cuando falla: «ya te lo decía yo; ¡qué se puede esperar de tí!»; confesándole amargamente que nos sentimos desilusionados con él porque no ha logrado superar quizá nuestras propias frustraciones, para lo cual le hemos preparado debidamente... (algunos, con suavidad, dicen que «subconscientemente», «inconscientemente»). Entonces el niño no podrá desarrollarse como *persona* (tal cual es) porque nadie le quiere así; en consecuencia, adoptará en cada caso el tipo de *personaje* que mejor le vaya a la «escena» del momento.

JESUS GARRIDO

ACTIVIDADES PM OB ENCUESTA



1.—Piensa en alguno de tus alumnos o de tus hijos. Fíjate en conductas o en hechos frecuentes que te llamen la atención especialmente: sea porque estés de acuerdo o porque te molestan de algún modo. Anótalas en un papel.

2.—Comprueba ahora si, a tu juicio, el niño está actuando entonces como PERSONA o como PERSONAJE. Esto es: si hace las cosas porque les ve valor en sí mismas (estudia, canta, llora, ríe, juega, colecciona...) y quiere hacerlas porque esas cosas tienen utilidad para él o hace las cosas porque le sirven de puente para obtener otras, adoptando diversos papeles o PERSONAJES a los que les saca rendimiento (estudia, canta, llora, ríe, juega, colecciona...) pero no por el valor que le vea en sí mismo, sino como compensación, evasión, juego para obtener la atención de otros y la estima que le falta en aspectos fundamentales de su vida.

3.—¿Cuál ha sido para ti —para cada uno de vosotros, si trabajáis en grupo— la idea-clave para distinguir en cada una de las conductas de tus alumnos o hijos la actuación como «persona» y como «personaje»?

4.—En el artículo siguiente de la Revista PM (n.º 68) veremos una lista de «BUENAS PERSONAS» y «BUENOS PERSONAJES» que suelen darse en los alumnos/hijos en edad escolar. En el siguiente (n.º 69) un modo práctico de actuar en cada caso.